

Caída Libre

—¿Podés correrte de ahí? ¡Por el amor de Dios! —le grité aterrado.

—Pero no pasa nada... mirá que belleza la vista desde este lado del cerro —me contestó Mirta, mientras la guía de la excursión seguía invitándome a cruzar con el culo pegado a la pared por un caminito minúsculo que asomaba a las sierras de la Quijada.

La chica que era muy baqueana me extendía la mano para que yo la tomara y así poder pasar para el otro lado, donde ya estaba mi esposa disfrutando del paisaje al borde del abismo.

Por esos tiempos yo iba a todos lados con mi cámara Minolta que pesaba más de un kilo y llevaba unos casetes que hoy muy difícilmente conseguiría un aparato donde reproducirlos. Los chicos eran chicos y yo me había encaprichado en guardar de alguna forma esos momentos felices de nuestras vacaciones en Potrero de los Funes. Pensaba que grabándolos, esas escenas quedarían para siempre y que mis hijos cuando fueran grandes disfrutarían de verse tan pequeñitos. Una estupidez al cuadrado que imaginé para poder justificar el haber gastado todo mi aguinaldo en el último modelo de filmadora del mercado.

Me agarré con fuerza de la mano de la guía y cerré los ojos, no podía mirar para arriba, ni para abajo, ni para el costado, me costaba calcular la cantidad de metros que había desde donde nosotros estábamos hasta el suelo, o lo que para mí era tierra firme. Cuatrocientos, quinientos, mil, el número no importaba, si tenía una caída libre no importaba la altura en la que cayera, la ley de la gravedad iba a atraerme con fuerza hasta el centro de la tierra y quedaría reventado contra las piedras como una mosca aplastada.

Ahora estaba del otro lado, junto a Mirta, mis tres nenes, la guía y mi cámara Minolta. Sabía que, desde hacía mucho tiempo, sufría de vértigo, lo había hablado con mi psicóloga. En una de mis sesiones le comenté que

cuando estaba en algún balcón de algún edificio más o menos alto, me era imposible acercarme a la baranda, peor aún, me era imposible ver a otra persona apoyada en la baranda y mucho peor si esa persona apoyaba la panza sobre la misma baranda y miraba hacia abajo. Mis latidos empezaban a convertirse en el galope de un potrillo enloquecido y un mareo instantáneo hacía que todo mi cuerpo se estremeciera y comenzara a sentir chuchos de frío. Mi psicóloga me explicó lo que me pasaba. Me dijo que era algo muy común en muchas personas, es como que el suelo te llama y vos te defendés de un deseo compulsivo a suicidarte. En mi caso, no la entendí, yo amo la vida y mi familia y jamás pensé en esa salida violenta, pero según los libros esa era la explicación académica de mi fobia. Era evidente que la terapia no me estaba haciendo efecto y los síntomas en las alturas se intensificaban cada vez más.

No podía entender por qué había decidido llevar a la familia a ese paseo habiendo una tonelada de lugares preciosos en la provincia. Porqué al escuchar la palabra “Sierra” no aborté la iniciativa y sugerí algún otro programa que pudiera dejar conformes a Mirta y a los chicos.

Yo no veía la hora de volver al micro, y mis hijos jugaban como si estuvieran en una pista de patinaje. Cuando Mirta se aburrió vino lo peor. Debíamos volver por el mismo caminito que habíamos llegado, no había una salida alternativa. Con el culo contra la montaña y a una altura de cuatrocientos, quinientos o mil metros que ya no importaban debía volver. Pero antes... Mirta me pide con su dulce voz:

—¿Por qué no nos grabas con este fondo espectacular?

—¡Ni borracho! —le contesté sin titubear.

—Pero que te cuesta si ya estamos acá! ¡Prendé la cámara y hacés un par de tomas y nos volvemos... daaaaleeee!

Yo estaba aterrado, pero a veces el amor es más fuerte, como dice la canción, e hice de tripas corazón. Retiré la hebilla del bolso, saqué mi cámara

Minolta y empecé a grabar a mi familia en distintas posiciones al mejor estilo de Francis Ford Coppola en Apocalipsis Now. Por suerte dejé conforme a Mirta y a los chicos e iniciamos el regreso. Ellos pasaron lo más campantes parecía que estaban mirando vidrieras en el Once. En cambio yo, con mi mano derecha tenía aferrada a la guía y en la otra llevaba mi cámara Minolta para poder inmortalizar ese gran momento, la hazaña de vencer mis miedos. Mi intención era registrar los colores de los cerros que conforman el cañón, con sus colores rojizos y veteados, junto al sol resplandeciente que se ocultaba detrás del horizonte. Podía sentir el crujir de las piedritas del suelo en mis zapatos y el roce de mi pantalón contra la montaña. En un momento mis piernas empezaron a temblar, vinieron los chuchos de frío y pensé en lo peor, por más que estaba agarrado de la chica que nos acompañaba, ella no iba a poder sostener a un mastodonte de ochenta y cinco kilos y medio. No sé qué me pasó, mi brazo izquierdo me empezó a temblar, perdí la fuerza y solté... Era el fin...pero no... Dios me dio otra oportunidad. Pegué dos zancadas y alcancé la zona más segura, al menos para mí. Tristemente mi cámara Minolta cayó en caída libre y ni siquiera pude escuchar cómo se hacía mierda contra el piso. ¡Chau recuerdos! ¡Chau video de esas felices vacaciones! ¡Chau registro de esa aventura! Solo me queda la tranquilidad de saber que en muy pocos años no iba a encontrar ningún equipo para reproducir esos viejos y malditos casetes.